

29 de junio - San Pedro y San Pablo, apóstoles A - B - C

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. (Mt 16,18)



Primera lectura

Hechos de los Apóstoles 12,1-11

Por aquel tiempo el rey Herodes echó mano a algunos de la Iglesia para maltratarlos. Hizo morir por la espada a Santiago, el hermano de Juan. Al ver que esto les gustaba a los judíos, llegó también a prender a Pedro. Eran los días de los Ázimos. Le apresó, pues, le encarceló y le confió a cuatro escuadras de cuatro soldados para que le custodiasen, con la intención de presentarle delante del pueblo después de la Pascua. Así pues, Pedro estaba custodiado en la cárcel, mientras la Iglesia oraba insistentemente por él a Dios.

Cuando ya Herodes le iba a presentar, aquella misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas; también había ante la puerta unos centinelas custodiando la cárcel.

De pronto se presentó el Ángel del Señor y la celda se llenó de luz. Le dio el ángel a Pedro en el costado, le despertó y le dijo: – Levántate aprisa. Y cayeron las cadenas de sus manos.

Le dijo el ángel: – Cíñete y cálzate las sandalias. Así lo hizo.

Añadió: – Ponte el manto y sígueme. Y salió siguiéndole. No acababa de darse cuenta de que era verdad cuanto hacía el ángel, sino que se figuraba ver una visión.

Pasaron la primera y segunda guardia y llegaron a la puerta de hierro que daba a la ciudad. Ésta se les abrió por sí misma. Salieron y anduvieron hasta el final de una calle. Y de pronto el ángel le dejó.

Pedro volvió en sí y dijo: – Ahora me doy cuenta realmente de que el Señor ha enviado su ángel y me ha arrancado de las manos de Herodes y de todo lo que esperaba el pueblo de los judíos.

Segunda lectura

2 Timoteo 4,6-8.17-18

Querido hermano y querida hermana: Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente. He combatido bien mi combate, he corrido hasta la meta, he mantenido la fe. Ahora me aguarda la corona merecida, con la que el Señor, juez justo, me premiará en aquel día; y no sólo a mí, sino a todos los que tienen amor a su venida.

El Señor me ayudó y me dio fuerzas para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles. El me libró de la boca del león. El Señor seguirá librándome de todo mal, me salvará y me llevará a su reino del cielo. ¡A él la gloria por los siglos de los siglos. Amén!

En aquel tiempo llegó Jesús a la región de Cesarea de Filipo y preguntaba a sus discípulos: – ¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

Ellos contestaron: – Unos que Juan Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas. El les preguntó: – Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Simón Pedro tomó la palabra y dijo: – Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo.

Jesús le respondió: – ¡Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado nadie de carne y hueso, sino mi Padre que está en el cielo. Ahora te digo yo: Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el cielo.

Meditación

¿Quién es éste a quien obedecen el viento y el mar? ¿Quién es Jesús? Jesús pregunta qué opinión tienen los hombres de él. La respuesta al mismo puede darse, en última instancia, desde dos únicos puntos de vista: el punto de vista de los hombres, la apreciación humana sobre este personaje de la historia, y el punto de vista de Dios, el de la revelación y el conocimiento sobrenatural. Estas dos únicas posibilidades se hallan acentuadas en el texto en la contraposición clara e intencionada entre lo que piensan "los hombres" y lo que pensáis "vosotros".

¿Vuestra opinión? Pedro personifica la confesión cristiana de la fe; el Mesías, el Hijo de Dios. Pero esta confesión cristiana "no procede de la carne ni de la sangre", es decir, no es posible llegar a ella a través de la lógica y raciocinio humanos. Se hace posible únicamente gracias a la revelación del Padre.

Pedro, que ha personificado esta confesión cristiana de la fe, se convierte a continuación en protagonista de una promesa formal de Jesús: será la roca sobre la que Jesús edifique su iglesia. Mateo nos había anticipado ya que Simón sería llamado Pedro. La promesa de Jesús se hace en un juego de palabras solamente perceptible en la lengua aramea, hablada por Jesús (Pedro, en griego "Petros", en arameo "Kephas"; el juego sería el siguiente: tú eres Kephas y sobre esta Kephas...)

A Pedro, y a sus sucesores, se le concede una misión única en la Iglesia. Al presentarla bajo la imagen de un edificio o una construcción, es lógico hablar de cimiento o fundamento. La construcción se edifica partiendo de los cimientos y el cimiento, una vez colocado, debe quedar ahí para que el edificio no se venga abajo. Por supuesto que estamos hablando del cimiento o fundamento visible. El invisible no puede ser otro que el mismo Cristo. Lo afirma terminantemente el apóstol Pablo. El fundamento invisible – Cristo resucitado – y el visible – la cátedra de Pedro – son la mejor y única garantía de la indefectibilidad de la iglesia a través de los tiempos y en medio del mar embravecido.

De esta garantía nos habla también Lucas en la primera lectura. En la primera parte intenta que el lector adivine la suerte que le espera a Pedro si no se cruza la providencia con un verdadero milagro. El milagro, en efecto, que era lo único que podía salvar a Pedro, se realizará: en el último momento será liberado por el ángel del Señor. La segunda parte intenta poner de relieve la magnitud del mismo. Ni siquiera los cristianos podían dar crédito a sus ojos o a la noticia de la liberación de Pedro. Y eso, a pesar de que la Iglesia oraba incesantemente por él.

La liberación de Pedro era una prueba evidente del gran poder de Dios y de la ayuda que prestaba a los cristianos. Dios interviene en el suceso por medio del ángel. Se nos cuenta lo ocurrido en la celda de la prisión y el proceso de su liberación. Pedro duerme, es decir se halla completamente "pasivo" en dicho proceso de liberación; no hace gestión de ninguna clase, ni siquiera reza o alaba a Dios, como Pablo en una ocasión parecida. En resumen, la liberación es obra de Dios, no suya.